

deben hacer para llegar á ser dignos de ocupar un lugar en la casa del Padre celestial.

Reconoced, pues, hermanos míos, la grandeza y la dignidad del sacerdote; sabed apreciar el bien que está llamado á hacer en vuestro favor, y el amor que os profesa. Respetadle como al embajador de Jesucristo, henedle como al ministro del Dios altísimo, amadle como á un amigo, como á un hermano, como á un padre. El pide por vosotros; pedid también vosotros por él, á fin de que sea siempre bueno, sábio, prudente é ilustrado el pastor que debe guiaros, precederos y conduciros ante el supremo Pastor de las almas en la mansion inmortal de la bienaventuranza. Así sea.

Veáse: SACERDOCIO.

ORGULLO.

I.

Omnia qui se exultat humiliabitur, et qui se humiliat exaltabitur.

Quien se ensalta será humillado, quien se humilla será ensalzado.

(Luc. xiv, 11.)

En esas palabras del Evangelio, hermanos míos, vemos un retrato muy natural del vicio del orgullo, y de la virtud de la humildad, que le es contraria. Dos hombres, dice el Salvador, subieron al templo para hacer oracion: el uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, muypreciado de sí mismo, se presentó de pié, y se dirigía á Dios en estos términos; Te doy las gracias, Señor, porque no soy como los demás hombres, que son ladrones, injustos, adúlteros, ni tampoco como ese publicano; ayuno dos veces á la semana, y doy el diezmo de todos mis bienes. El publicano, por su parte, se mantenía apartado y no se atrevía siquiera á levantar los ojos al cielo; pero, golpeábase el pecho, diciendo: Dios mío, sé propicio á un pecador como yo.

Las oraciones de aquellos dos hombres, como lo veis, hermanos míos, eran muy diferentes una de otra, y por lo mismo tuvieron un efecto muy distinto. La del fariseo, que salía de un corazón orgulloso y lleno de vanidad, fué reprobada de Dios, y solo sirvió para hacerle más culpable; miéntras que la del publicano, que expresaba su humildad, le obtuvo el perdón de sus pecados; y de pecador que era, lo convirtió en un justo colmado con las gracias del Señor. Así, pues, conclúyese Jesús, quien se ensalta será humillado, y quien se humilla será ensalzado.

Es fácil, carísimos oyentes, comprender la lección que Jesús quiso darnos en el retrato de aquellos dos hombres. En el uno nos manifiesta el carácter y los castigos del orgullo, y en el otro nos representa los premios de la humildad.

El fariseo, en vez de presentarse en humilde postura, como conviene en un lugar santo y ante la majestad de Dios, está en pié, *stans*: lo cual indica la altivez y el orgullo de su corazón. En vez de glorificar á Dios por todo el bien que cree haber hecho, se jacta, se vanagloria de un mérito imaginario; su oracion es un alarde, un relato de sus alabanzas: por eso es reprobado de Dios.

El publicano, por el contrario, está tan confundido ante sus pecados, que no se atreve siquiera á levantar los ojos al cielo, y por su humilde postura, por la baja opinion que de sí mismo tiene, merece las miradas favorables del Señor. El fariseo se ensalta, y Dios se aparta de él. El publicano se humilla, y Dios se le acerca. El fariseo sale del templo más culpable que antes de entrar, y el publicano regresa justificado á su casa. Ved ahí, amados hermanos, motivos muy capaces de hacernos detestar el orgullo y amar la humildad. Castigo del orgullo en el fariseo; ved ahí un asunto digno de vuestra atención. De este castigo quiero ocuparme en el presente discurso, quiero demostraros que el soberbio resiste á Dios, y que Dios resiste al soberbio. A. M.

1. Causa extrañeza, carísimos hermanos, que hallando el hombre en sí mismo motivos para humillarse, esté sin embargo tan hinchado de orgullo. Vicio es éste, que infecta casi todos los estados del mundo; y tan léjos se extiende su dominacion, que hay pocas personas no sujetas al mismo. Para curar pues á los que lo padecen, y preservar á los que aún no lo tienen, voy á poner de manifiesto su carácter, su malicia y sus efectos.

¿Qué es el orgullo? Es un amor desordenado de la excelencia propia, fundado en la buena opinion que uno tiene de sí mismo, que ha-

ce que se estime y busque con anhelo la gloria y el honor; y como el orgulloso solo se estima á sí mismo, desprecia á los demás; esfuerzase tanto como puede en rebajarles para ensalzarse sobre ellos. Apreciarse á sí mismo y despreciar á los demás: ese es el carácter del orgullo, tal como lo vemos en el fariseo. Ese hombre, infatuado de un mérito que cree tener, se alaba, se aplaude, se vanagloria, refiere las buenas acciones que ha hecho; pero ¿qué dice de los demás? los vitupera, les carga de crímenes, porque cree dar más brillo á su virtud con la comparacion que de ella hace con los defectos del prójimo.

Observad bien su orgullo. Yo no soy, dice, como los demás hombres; si á lo ménos dijese: como algunos hombres, como los más de los hombres! pero se prefiere á todos, creyéndose el único hombre de bien en la tierra. ¡Qué vanidad!

¿Cuántas personas de ese carácter no vemos tambien, que están infatuadas de sí mismas, se jactan, se vanaglorian, la una de su nobleza ó sus riquezas, la otra de su crédito, esta de su talento, de su habilidad; aquella de sus virtudes, de sus buenas acciones? ¿Cuántas que se engrien de un mérito que no tienen? Y como esos orgullosos se creen dignos ellos solos de ser apreciados y honrados, desprecian á los demás, y les rebajan tanto como pueden para sentar su reputacion sobre la ruina de la del prójimo.

¿Queréis ahora saber, hermanos míos, cuán opuesto es á Dios ese pecado? Juzgado por lo que voy á deciros. El orgullo quita al Criador la gloria que le es debida, para atribuirla á la criatura; destruye la caridad con que se ha de tratar al prójimo; es el origen funesto de otros muchos pecados. ¿Qué horror, pues, no debe inspirarnos?

Solo á Dios pertenecen la honra y la gloria. El hombre nada tiene de sí mismo más que la nada y el pecado; cuanto es y cuanto posee lo debe á la mano liberal de Dios. Vida, salud, riquezas, talento, gracia, todo lo hemos recibido de Dios. Sin él nada seríamos; de nada somos capaces por nosotros mismos, ni siquiera de un pensamiento para la salvacion. A su gracia debemos todo el bien que hemos hecho, si empero hemos hecho algo por el cielo.

¿Qué ofensa no haceis pues á Dios, hombres vanos y orgullosos? En vez de glorificarle por los bienes y talentos que de él habeis recibido, os prevaleis de sus dones como si viniesen de vosotros mismos; en vez de atribuir á Dios el buen éxito de vuestras empresas, las atribuis á vuestra industria; en vez de reconocerle por principio y autor de todas vuestras buenas obras, os arrogais la gloria, alabándolas y publicándolas como si solo fuesen obras vuestras, y no de la gracia

de Dios. Si todos los bienes que poseis en el órden de la naturaleza y de la gracia, los recibisteis de la mano liberal de Dios, ¿por qué vanagloriaros como si no los hubieseis recibido, dice el Apóstol? *Quid gloriaris, quasi non acceperis* (1 Cor. iv)? ¿No es eso quitar á Dios la gloria que le corresponde? ¿no es imitar la insolencia del ángel rebelde, que llevó su orgullo al extremo de disputar á Dios su gloria y su independencia? Aquel espíritu celestial, la más hermosa obra que salió de la mano de Dios, se ofuscó con su propia luz; maravillado de la belleza de su sér, de la excelencia de sus perfecciones, complacíase tanto en ellas, que creyó bastarse á sí mismo; en vez de someterse á Dios, pretendió elevarse hasta él y hacerse semejante al autor de su sér. Tal es el exceso de temeridad á que el orgullo puede llevar á la criatura. Usurpar los honores divinos, afectar la independencia que solo pertenece al Sér supremo; tal fué su audacia en los ángeles rebeldes, que tuvieron imitadores en los hombres desde los primeros siglos del mundo. ¿De dónde hubiera venido la idolatría, que derramó tan densas tinieblas sobre la haz del universo, que envolvieron casi todo el género humano? Vino del orgullo de los hombres que, infatuados de sí mismos, desvanecidos con su grandeza, con su poder y su mérito, llegaron á la ceguedad de hacerse respetar como á dioses por los que estaban bastante alucinados para prestarse á sus caprichos. Los unos hicieron construir templos en su nombre, los otros levantar estatuas, á las que se rendian honores divinos. Tal fué el orgullo de Nabucodonosor, que mandó meter en el horno á los tres niños hebreos que no habian querido adorarle.

De ese modo el orgullo de los hombres consiguió quitar al Criador la gloria que le era debida, para atribuirla á la criatura. ¡Qué injusticia! ¡qué desórden!

Si el orgullo no lleva actualmente á los hombres á tan monstruosos excesos, ¿no vemos aún algunos que quisieran, por decirlo así, considerarse como divinidades en la tierra, ya elevándose sobre los demás, á quienes pretenden postrar ante ellos, ya exigiendo que se les tengan ciertas consideraciones porque tienen más nobleza, más bienes, más crédito, más autoridad, más talento, más genio, y porque ocupan un rango más elevado? ¿Ceniza y polvo como sois, ¿de qué os vanagloriais? *Quid superbis, terra et cinis* (Ecc. i)? ¿Qué sois delante de Dios? Nada y pecado.

Por daros á conocer más la injusticia de vuestro orgullo y persuadiros de cuán mal fundado está, decidme: ¿en qué lo apoyais? ¿en qué se funda el aprecio que os tenéis? ¿Es la nobleza de vuestro origen? Esa nobleza no viene de vosotros; no es vuestro mérito quien

os hizo nacer de padres ilustres. ¿Son los bienes los que os inspiran orgullo? Esos bienes no dan el mérito, ni siquiera lo suponen. ¿Qué habeis hecho á Dios para poseer más bienes que tantos otros que son pobres y quizás más honrados que vosotros? ¿De dónde vienen esos bienes? Son la herencia de vuestros padres, y nada os han costado; tal vez son el fruto de sus injusticias ó de las vuestras, y por consiguiente no os pertenecen: no tenéis pues de que vanagloriaros. Pero yo quiero que os pertenezcan por justos títulos; acaso sean la causa de vuestra reprobacion, y lo serán, en efecto, si haceis mal uso de ellos. ¿No debe eso inspiraros ántes humildad? ¿De qué os preciais tambien? ¿De las calidades del cuerpo, del valor, de la salud, de la belleza, del talento? ¿Acaso no proviene todo eso de Dios? El podia reduiros á un estado tan humillante como los que despreciais, por no tener esos atractivos, esas cualidades personales que son la materia de vuestro orgullo. Lo único que os honra es la virtud; pero el mérito y, por consiguiente, la gloria de la virtud, de las buenas obras, la debéis á Dios. Si os la atribuis á vosotros mismos, ofendeis á Dios, y vuestra virtud cesa por no ser verdadera; es una virtud farisaica, reprobada de Jesús, porque desde el momento en que el hombre busca su gloria en la práctica de la virtud, desde el momento en que hace buenas obras para complacer á sus semejantes y captarse su aprecio, no busca, como debiera, la gloria de Dios, y le ofende usurpando un bien que le pertenece.

El orgullo no es ménos opuesto á la caridad con que ha de tratarse al prójimo. El orgulloso, que solo se aprecia á sí mismo, trata á los demás con soberano desprecio. Escuchad las palabras del fariseo: Yo no estoy, dice, sujeto á vicios bajos como ese publicano. Hace sobre su conducta la censura más violenta. Así se prefiere el orgulloso á todos. Yo no soy, dice, como tal y cual: yo hubiera obrado mejor en tal ocasion. Cree que solo él tiene más talento y entiende más los negocios. Cuanto piensa, dice y hace, es siempre mejor que lo que los demás pueden pensar, decir ó hacer. Únicamente ocupado en su mérito, no ve más que defectos en los demás; siempre ingenioso en mostrarse por el lado bueno, solo cuida de hacer notar el flaco de los demás, con la idea de que el desprecio que se atraerán, servirá de sombra al retrato que de sí mismo hace.

Si se ve obligado á hacer justicia al mérito, hace cuanto puede para empañar su gloria con las malignas interpretaciones que da á las mejores acciones. Celoso de la elevacion del prójimo, se desvela para suplantarle. En todas partes quiere tener el mejor puesto. ¿Es superior á los demás? Les mira como viles gusanos. De ahí la arrogancia,

la altanería que afecta ante ellos; de ahí la afectacion de desconocer á los que le están unidos por los lazos de la sangre, porque se ven reducidos á una pobre y humilde condicion; mientras que, por otra parte, se ufanará de tener parientes más ricos y encumbrados, y que á veces no le son nada; de ahí esas pretensiones ridiculas de que todos respeten su opinion, buena ó mala, mientras que él no respeta la de los otros.

En esos rasgos, hermanos, en ese pálido bosquejo del orgulloso, ¿reconocéis que éste sea caritativo con el prójimo? ¡Ah! ¡cuán difícil es hallar la caridad en el orgullo! La caridad piensa bien de todos, y de nadie juzga mal. El orgulloso hace todo lo contrario: erigese en juez crítico de la conducta ajena, y á todos reprueba. La caridad tolera con paciencia los defectos del prójimo, no se aira del mal que la hacen; pero el orgulloso no quiere sufrir nada, se ofende del menor desaire, de una palabra á veces escapada por casualidad, sin intencion de dañarle.

No atribuyamos, carísimos hermanos, á otras causas que al orgullo las infinitas querellas y enemistades que reinan entre los hombres. ¿Por qué esas personas enemigas, desde hace tanto tiempo, una de otra, no están aún reconciliadas, á pesar de las incansantes instancias de la gracia, á pesar de los consejos de un confesor?

Las contiene el orgullo. Cada cual cree tener razon, y si conoce que no la tiene, no quiere convenir en ello; cada cual creeria relajarse dando el primer paso, que costaria demasiado á su amor propio; de modo, que cada cual permanece en el mismo estado, es decir, en un estado de condenacion. ¿Por qué se entablan procesos por injurias reales ó supuestas? ¿Por qué se muestra uno intratable cuando se le proponen vias de acomodamiento? Es preciso, dice, obtener satisfaccion de la injuria recibida; es preciso sotener el honor. Pero ¿qué quiere con eso? satisfacer su pasion, humillar á los demás para ensalzarse. ¿De qué dimanan las murmuraciones, las calumnias que se propalan para mancillar la reputacion ajena, sinó del desco de valer más que el prójimo? Así es que el orgullo, primer pecado capital, acarrea otros muchos; trae en pos la envidia, la injusticia, la ira, la venganza... ¿Qué más diré? *Initium omnium peccati superbia* (Ecc. x). Ofusca la mente y la sume en mil errores; hincha el corazon y le inspira mil sentimientos de ambicion; ciega el entendimiento y le impide ver las verdades que debe creer; hasta combate con tenaz resistencia las que reconoce. Ese veneno se derrama tambien en el corazon por los deseos immoderados que despierta de elevarse á los honores, de subir á ciertos puestos que el que los ambiciona no

es digno ni capaz de ocupar. La buena opinion en que se tiene, se lo hace emprender todo para realizar sus proyectos; y cuando ha llegado al punto que se propusiera, cae lastimosamente por su incapacidad de cumplir los deberes del estado en que ha querido temerariamente colocarse. Tales son las funestas consecuencias del orgullo.

Por lo demás, no creais, hermanos míos, que ese vicio solo se insinúe en los grandes; tambien reina en las condiciones más humildes y más abyectas. A veces hay más orgullo debajo un vestido tosco, que debajo la púrpura y la diadema. En el pueblo se ve asimismo el deseo de dominar unos á otros, la misma inflexibilidad en ceder unos á otros, la misma obstinacion, el mismo apego al sentido propio, que entre las personas de más alta categoria. Nadie quiere estar sujeto; todos quieren mandar; nadie quiere sufrir reprensiones, ni ser advertido ó corregido de sus faltas; todos las palian, las excusan, sin querer convenir en que hayan obrado mal. Hasta se llega al punto de justificar los crímenes. Eso prueba que el orgullo es un veneno sutil de que es muy difícil garantirse. Solo á fuerza de luchar puede esperarse vencer á ese temible enemigo de la gloria de Dios y de la salvacion del hombre. Pues si el orgullo es contrario á Dios, Dios no le es ménos contrario, como puede conocerse por los castigos que le impone.

2. Proporcionar la pena á la malicia del pecado que Dios quiere castigar, es una regla de su conducta; eso es lo que ha observado y lo que aún observa en los castigos que ejerce sobre el orgulloso. El hombre con su soberbia quita á Dios la gloria que le es debida; Dios, á su vez, humilla al soberbio y le llena de confusion. El orgulloso desprecia á los demás; Dios permite que él, á su vez, sea objeto de la burla y del desprecio de los hombres. El orgullo es, en fin, un manantial emponzoñado de que brotan una infinidad de vicios y de pecados; ese manantial, con su contagio, destruye el mérito de las virtudes. ¿Qué golpes mortales no descarga pues á los que de él está inficionados? Prestadme un poco más de atencion.

En todo tiempo, Dios, que dá su gracia á los humildes, ha resistido á los soberbios: cuanto más han querido ellos ensalzarse, tanto más les ha humillado Dios. De ello tenemos una prueba convincente en el castigo de los ángeles rebeldes, que en su orgullo se levantaron contra Dios, hasta el punto de querer igualarse á él. No bien hubieron formado sus audaces proyectos, al punto fueron despojados de los dones de la naturaleza y de la gracia con que Dios les habia enriquecido. Arrojadlos del cielo, fueron precipitados al profundo abismo.

En la sagrada Escritura tenemos tambien un gran número de ejemplos de castigos del orgullo: hé aqui algunos de los más memo-

rables. Absalon, hijo de David, queda suspendido de un árbol y herido mortalmente, en castigo del proyecto ambicioso que habia formado de ascender al trono de su padre. Nabucodonosor, llevado de un exceso de orgullo, quiere que le tengan por el Dios de la tierra; manda levantar una grande estatua para ser adorado de los hombres; pero, al paso que se ensalza y se pierde en sus grandes ideas, Dios le rebaja y le humilla, quitándole su reino, separándole de la sociedad de los hombres y reduciéndole á la condicion de las bestias, con las cuales se ve obligado á habitar y comer la yerba en los bosques. Solo al cabo de siete años de tan ruda penitencia perdona Dios á ese tan humillado príncipe. Tal fué tambien la humillacion del soberbio Aman, cuando se vió condenado á morir en la horca que habia mandado levantar para Mardoqueo, quién no queria doblar la rodilla ante él. Así place á Dios humillar á los orgulosos; y sin salir de nuestro Evangelio, consideremos como trata Dios al soberbio fariseo. El publicano merece por su humildad el perdon de sus pecados; pero el fariseo es reprobado de Dios: regresa á su casa más culpable que antes de entrar en el templo del Señor, donde ha manifestado su orgullo.

Eso es lo que cada día acontece á los orgulosos; mientras procuran elevarse, distinguirse, merecer la gloria y el aprecio de los hombres, Dios se aleja de ellos, les retira la gracia, les entrega á sus deseos desordenados, como dice el Apóstol, á pasiones ignominiosas que les deshonran; caen en faltas graves que les cargan de oprobio y confusion.

Así, pues, el orgullo, que desprecia á los demás, viene á ser, á su vez, objeto de su desprecio, ya por los vicios á que le arrastra su orgullo, ya por su orgullo mismo, que le hace insoportable á todo el mundo. Nadie ama á las personas presumidas, que no hacen más que alabarse, que jactarse de lo que han dicho y de lo que han hecho. Si por deferencia, ó por no desagradarles, se les aplaude algunas veces, en el fondo, se las desprecia; en su ausencia se retraen las alabanzas que se les ha prodigado en su presencia. Búrlanse de su modo de hablar ó de obrar. Nadie quiere ser despreciado, insultado, ni tratado con altanería; y como el orgulloso desprecia é insulta con frecuencia á los demás, y quiere ser en todas partes el primero, no es de extrañar que nadie pueda sufrírle en el mundo. Todo en él escandaliza, sus palabras, sus maneras, su continente; al presentarse en las sociedades dá pena á todos, porque las turba, y siempre se alegran de verle salir. En el mundo profano se prefiere la conversacion de una persona humilde y discreta á la de un orgulloso, que siempre quiere sobreponerse á todo

el mundo. ¡Qué pasión más peligrosa para la salvación! Es el origen de todos los vicios y sofoca las virtudes.

Es un viento abrasador que seca, que lo consume todo. No, hermanos míos, ya no hay mérito en las acciones de virtud más heroicas, desde que se resienten de orgullo. Rezad las más largas oraciones, dad todo lo que teneis á los pobres, ayunad, mortificaos con las más austeras penitencias, trabajad tanto como podais para la salvación de las almas, sufrid tanto como los mártires; si en todo eso tratáis de agradar á los hombres, de merecer el aprecio de los hombres; si os anima la vanidad y no el deseo de agradar á Dios, de glorificarle, nunca seréis premiados en el cielo.

Se os dirá, como á los fariseos que hacían largas oraciones, abundantes limosnas y ayunaban para gloria humana: *Habéis recibido vuestra recompensa: Receperunt mercedem tuam* (MATTH. VI). Vuestro orgullo es un pirata que ha sumergido vuestro buque cargado de riquezas; no llegareis al puerto de salvación. ¡Qué desgracia!

Para preservaros del veneno del orgullo, observad la siguiente máxima. Del orgullo es, estimarse á sí mismo y despreciar á los demás: haced todo lo contrario; despreciais á vosotros mismos, y estimad á los demás. Para conseguirlo hay que cambiar de objeto. Considerad vuestros defectos para contemplar las buenas cualidades del prójimo. La vista de vuestros defectos os inspirará desprecio á vosotros mismos, y las perfecciones de los demás os les harán apreciar. No os alabéis de nada, no os engriais nunca de vuestros bienes, talentos, origen, nobleza, y aún menos de vuestras virtudes. Atribuidlo todo á la gloria de Dios, sin cuyo auxilio no somos capaces de hacer un solo pensamiento que merezca premio en el otro mundo. Que vuestra divisa más frecuente sea la del Apóstol: *Soli Deo honor et gloria*. Contentaos con que vuestras obras no sean conocidas más que de Dios, toda vez que solo él ha de ser vuestra recompensa en el cielo, que á todos os deseo.

ORGULLO.

II.

Omnis, qui se exultat humiliabitur et qui se humilitat, exaltabitur.

Todo aquel que se ensalza, será humillado: y el que se humilla, será ensalzado.

(Luc. XIII, 14.)

El Evangelio de hoy, hermanos míos, nos dá el ejemplo y el precepto de la humildad.

«Todo aquel que se ensalza será humillado.» Observad bien que el divino Maestro no distingue de clases ni de categorías; y que no dice; todo aquel que injustamente se ensalza; porque empleando este lenguaje, hubiera podido creerse que, en ciertos casos, podía el hombre abandonar al orgullo sin incurrir en pecado; y para presentar su pensamiento, que era la verdad misma, más claro, más evidente, más formal, eligió de entre los que parecían extrictos observadores de la ley el orgulloso. En efecto, el fariseo no hacía alarde de sus vicios, ni se enorgullecía de sus malas acciones; sinó que su soberbia se expresaba en acciones de gracias tributadas al Señor: «O doy gracias, oh Dios mío, de que no soy como los demás hombres.»

Así es, que aún contando con las mejores disposiciones que puedan imaginarse, el orgullo es un pecado detestable que se opone invenciblemente á la justificación. La razón de que esto sea así, voy á deciroslo. En primer lugar, el orgulloso es ingrato para con Dios, y muchas veces hipócrita.

En segundo lugar, es propenso á no tener caridad para con sus semejantes.

En tercer lugar, levanta un muro insuperable en el camino espiritual. Pidamos los auxilios de la gracia: A. M.

1. El orgulloso es ingrato para con Dios. Hay, hermanos míos, dos modos de ser ingrato, ó por mejor decir, la ingratitud se reviste de dos formas igualmente odiosas. El ingrato desconoce ó flinge desconocer el beneficio, ó bien reconociéndolo con palabras, detiene su

corazon sobre el camino de la correspondencia; porque la ausencia de un impulso afectuoso, íntimo de un verdadero reconocimiento, no puede dar lugar á actos de caridad.

El fariseo pues, tributando gracias á Dios y despreciando á su hermano, no observaba la ley de Dios en su espíritu, y por consiguiente despreciaba la prueba más cierta de amor: la obediencia que exige esfuerzo. Es más difícil, hermanos míos, y más meritorio cerrar su corazon á las sugerencias del orgullo, hacerse á sí mismo una exacta justicia, y pensar ménos en el mal que no se hace, que en aquel de que uno se hace culpable.

Si, hermanos míos, la accion de gracias del fariseo no subia como el incienso hácia Dios; y esto por los tres motivos que ya os he indicado, á saber: porque no era sincera, sinó que, por el contrario, partia de un corazon desobediente é ingrato; porque iba acompañada de un movimiento de malevolencia para con el prójimo, y porque interceptaba como con una barrera el camino espiritual.

¿Por qué razon pues, aquel orgulloso no era sincero? Si lo hubiera sido, ya os he dicho que su reconocimiento le hubiese hecho conocer sus más importantes obligaciones; hubiera pasado de la letra de la ley á su espíritu; hubiera visto sin duda que no pagaba el diezmo de su corazon, que se permitia la intemperancia de su espíritu; lejos de glorificarse se hubiera arrepentido, y no hubiera despreciado á su hermano; se hubiera dicho: no he cometido materialmente hurto ninguno, ni adulterio; pero, he codiciado los bienes de mi prójimo, y entregado mi corazon á culpables deseos; y lejos de glorificarse, hubiera llorado como el publicano, hubiera hecho penitencia; y humillándose, hubiera sido ensalzado.

Seguramente es permitido dar gracias á Dios por nuestras virtudes relativas; pero es necesario al mismo tiempo, que nuestro reconocimiento nos haga conocer tambien cuán lejos estamos de la perfeccion, y á cuántos esfuerzos nos obligan las bondades y las gracias divinas. Creedme, hermanos míos, ninguna necesidad tenemos de confesar nuestras virtudes á Dios, por cuanto tiene muy en cuenta todos nuestros buenos movimientos, piezas que serán reproducidas en el gran juicio. Pero debemos confesar nuestras faltas, y por consiguiente reconocerlas para que sean atenuadas en el juicio de Dios, y no comparezcamos acompañados sinó de los buenos testimonios que el Señor tiene reservados con tanta solicitud. El fariseo, lejos de reconocer y confesar sus malas acciones, no supo reconocer en el libro de su conciencia sinó virtudes, y una estricta observancia á la ley: no se retiró justificado, porque no solicitó la justificacion.

Ved, hermanos míos, cómo el mal viene en apoyo del mal, y con cuánto cuidado debeis impedir que tenga acceso á vuestra alma, para que no sea invadida por él. El fariseo es hipócrita, porque es orgulloso; y es hipócrita para consigo mismo ante su propia conciencia. Es orgulloso; pues si hubiese sido humilde, hubiera pensado desde luego en sus faltas. Ahora bien; ¿en qué consiste el orgullo? En complacernos de nosotros mismos, en atribuirnos un mérito que no nos pertenece y olvidarnos de nuestra nada. Y sin embargo, el fariseo glorifica á Dios. Es por consiguiente victima y presa del orgullo; pues como acabamos de ver, aún sin tener en cuenta las palabras del divino Salvador, tiene todos los caracteres y se entrega á todos los efectos de este odioso vicio: olvido de sus propias faltas, y ninguna consideracion con las del prójimo. Es necesario salir de ese intrincado laberinto, ved aquí la salida: el orgulloso es un hipócrita; su accion de gracias es una mentira; lo que finge atribuir á Dios, se lo atribuye á sí mismo. Pero no es esto todo, porque observareis sin duda, que el fariseo se habla á sí mismo, *hoc apud se orabát*, y que, por consiguiente, no era sincero en su reconocimiento para con Dios; nos presenta el admirable, pero frecuente ejemplo, de esa hipocresía profunda, íntima, que sirve de artificios para con Dios y con la conciencia. Que el mentiroso quiera engañar á los hombres, se concibe, porque miente por cálculo, y este cálculo está basado sobre la credulidad, la buena fe, la confianza ó la ignorancia de otro. Pero, ¿puede esperar engañar á Dios? Seguramente no, á ménos de ser un loco. Y ahora, hermanos míos, ¿puede uno engañar su propia conciencia, puede ser hipócrita ante su propio corazon?... ¡Ah! sí; falsa justicia, falsa conciencia.

Habréis observado desde luego en todo el curso del Evangelio, que el fariseo de la parábola, así como el fariseo contradictor y perseguidor de Jesucristo, nos presenta un tipo invariable, cuyos principales caracteres son el orgullo y la hipocresía; pretension á la rigidez, virtudes exteriores; interior vicioso, propension al odio, á la codicia, á la dominacion; en una palabra, falsa justicia. Pues bien, yo digo que esa falsa justicia, acompañada de un exagerado aprecio de sí mismo, y de una falsa confianza en Dios, nace de una conciencia igualmente falsa.

No puedo, hermanos míos, deciros más que algunas palabras acerca de esta materia; pero os las digo porque es más fácil que se cree engañarse á sí mismo, é interpretar mal la ley interior que, cuando no es desnaturalizada, está siempre en perfecta conformidad con la ley de la Iglesia: ambas vienen de Dios.

¿De qué modo llega pues el hombre á llevar en sí mismo esa obra maestra de perversidad? ¿Cómo llega, con ayuda del demonio, á falsear su conciencia? ¿Cómo? ¡Ah! para comprender esto bien, consultaos á vosotros mismos, mis pobres hermanos, escuchad el trabajo, los esfuerzos y los sofismas de vuestros deseos; y, por otra parte, el temor del castigo, y acaso tambien un resto de amor y de fe; pues todo se reduce á que la falsa conciencia no es otra cosa que el resultado tal vez de una primera debilidad, de demasiada indulgencia para consigo mismo: es, en una palabra, el fruto de condescendencias culpables. Vuestros deseos son malos, pero son poderosos; resistirlos es cruel; y desde entónces os decís: Veamos si la ley de Dios, si la ley de la Iglesia, que no quiero infringir, me prohiben de una manera absoluta obedecer á tal inclinacion. Y tomáis efecto y causa para la satisfaccion presente; es decir, que vuestro mismo deseo es quien interpreta la ley divina. A quien desde luego hubierais debido consultar era á vuestro confesor, y en defecto de éste, á vuestra sana conciencia; pero no lo habeis hecho. Pretendeis haber consultado á vuestra conciencia, y no habeis consultado sinó á vuestro deseo, juez y parte á la vez. Luego decís: mi conciencia ha decidido, puedo por consiguiente marchar; si me engaño, es inocentemente. Una vez dado el primer paso, resulta que una concesion llama á otra, y siempre pretendiendo conducirnos en nombre de la conciencia, que llega á ser para vosotros un instrumento de absolucion, pero de absolucion ineficaz; pues no creais que ella os absuelva realmente, no; y horas vendrán, ó tal vez habrán llegado ya, en que vuestra ley interior se os presentará íntegra, severa, indignada de esa hipócrita máscara que le habeis impuesto, de esos sofismas que le habeis atribuido. Entónces la verdadera conciencia arrojará esa imprudente máscara, hasta que su voz sea extinguida de nuevo por los desenfrenados gritos del deseo, hasta que su ingénua palabra sea ahogada por la retórica del orgullo ó de la concupiscencia.

De este modo el falso justo del Evangelio alababa á Dios, abandonándose absolutamente al orgullo y á la malevolencia; es decir, que por un resto de respeto á su recta y sana conciencia y á la ley escrita, no se atrevia francamente á atribuirse todo el mérito de su pretendida justicia; sinó que en virtud de su falsa conciencia y para acomodarse á su orgullo, en realidad, confiaba en sí mismo: *in se confidebat tamquam justus.*

Termino, hermanos míos, esta primera consideracion con las palabras que acabo de manifestaros, á fin de empeñarlos en que esteis muy prevenidos contra el orgullo. Los santos Padres han insistido y

repetido mil veces, que este vicio precede á los demás, puesto que nuestros pecados son actos de rebelion, y la rebelion de un sér infinito contra el Omnipotente, es efecto de una presuncion insensata. Ahí está para probar esta asercion la historia del orgullo desde la caida del ángel; y si me es permitido tomar una expresion del lenguaje científico, diré, que la generacion del orgullo es espontánea. Si; para llegar á formaros una falsa conciencia, habeis debido comenzar desde luego por permitirlos concesiones. ¿Y á quién habeis tomado por árbitro entre vuestras malas inclinaciones y la ley de Dios? A vosotros mismos. ¿Y por qué? Porque erais orgullosos. Permitidme pues que os lo diga, vuestra falta es mucho mayor que la del fariseo, porque en caso de duda contabais con guías de que aquel carecia, es á saber: una ley más perfecta, más explícita, más previsora; un consejero, un director representante del legislador divino; y, en fin, un sacramento reparador.

Ya hemos visto, hermanos míos, que el orgullo es un signo de ingratitude para con Dios, acompañado de la más extraña hipocresía, de la hipocresía, desempeñando su papel frente á frente consigo misma: solloquio de locura, que atestigua la desorganizacion del alma.

2. En segundo lugar, el orgulloso no tiene caridad para con sus semejantes. Necesariamente tiene que ser así. Ingrato para con Dios, ¿cómo podrá ser que ame á sus hermanos? El orgullo es la exageracion del sentimiento de personalidad; es la capacidad del entendimiento que se atribuye lo que en manera alguna le pertenece; el orgulloso por intencion es verdaderamente un ladrón, un usurpador; no tiene cuenta sinó de sí mismo; si se decide á creer que fuera de él hay alguna cosa, es con condicion de participar de su gloria. Desde entónces, si no se le rinde homenaje, él mismo se encargará de pagarle el tributo de admiracion que cree se le debe. Pero ¿cómo? No se admira sinó por comparacion. Para admirarse pues, el orgulloso se compara á sus hermanos, ó por mejor decir, compara lo que cree tener de ménos malo con lo que sus hermanos tienen de ménos bueno, y se ensalza en su corazón; y naturalmente, para ensalzarse más y más, busca minuciosamente lo que puede humillar al otro término con quien se compara: de tal modo, que cifra todo su interés en la ruina moral de otro, encontrando una satisfaccion egoísta en contar los males de que él se cree libre. «Dios mio, os doy gracias porque no soy como los demás hombres, que son ladrones, injustos, adúlteros, ni como el publicano.» Esto, hermanos míos, quiere decir: Soy dichoso de que haya tantos ladrones, tantos hombres injustos, tantos adúlteros, porque de otro modo seria yo como el vulgo.

Todavía hay más, hermanos míos. No solamente el orgullo predispone á no tener caridad; sinó tambien en circunstancias que á cada momento se presentan, el desden se cambia en cólera, la malevolencia general en odio bien caracterizado. Y ved de que modo: creyéndose el orgulloso superior á sus hermanos, no solamente á aquellos á quienes acusa de los más vergonzosos vicios, de las acciones más criminales, sinó tambien á los pobres y á los pequeños, *velut etiam hic publicanus*, cree que es un deber reconocer sus virtudes, su grandeza, en una palabra, todo cuanto le distingue á sus propios ojos; piensa que es un deber honrarle y manifestarle exteriormente el aprecio particular que se hace de él. Y como sucede muchas veces que el vulgo, el comun de los pecadores, no tienen bastante perspicacia para descubrir en él un motivo de admiracion, cada dia se le hiere en su orgullo con pretendidas faltas de consideracion, de impolítica, de inconveniencia; y estas palabras de que se sirve para expresar la audacia que se ha tenido para tratarle como á todo el mundo, están bien léjos de manifestar su pensamiento, su cólera ni su odio. A sus ojos se ha sido impertinente, audaz, injusto, envidioso; se ha merecido un castigo ejemplar, y el no imponerlo él mismo, es tambien una señal manifiesta de la grandeza de su alma.

Ciertamente que todo esto inspira compasion; pero si alguna vez habeis observado al orgulloso, si habeis leido en su semblante las emociones de su corazon, estoy seguro de que no me acusareis de exageracion.

Y todavia no os he hablado de aquellos que, las más de las veces, se contienen por respetos puramente humanos. Pero el orgulloso estúpido, que ni aún tiene por freno la hipocresía ó un resto de sana conciencia, aborrece ó injuria, insulta y hiere al que le lastima en sus pretensiones. Cain comenzó por el orgullo, y acabó por el fratricidio. Sin consultar más que las costumbres de la clase media, vemos que el orgullo es causa de la mayor parte de los duelos. Estemos alerta, hermanos míos! Puedo afirmar, sin temor de equivocarme, que no hay ninguno en este sagrado recinto en quien el orgullo no haya hecho nacer movimientos de cólera ó de odio, más ó ménos pronunciados.

Hay, por fin, un vicio que vá unido frecuentemente al orgullo; tal es la envidia. Aquí tambien para inspirarnos un horror saludable, encontramos á Cain. Cain fué envidioso, porque era orgulloso. Si él se hubiera dicho: «mi hermano merece sin duda las gracias y complacencias de Dios, pues Dios agradece sus sacrificios; y yo debo esforzarme por parecerme á mi hermano, que me es superior.» Ah! si hubiese pensado así, con humildad, no hubiera sido envidioso. Sabéis

que la emulacion no es envidia; y la emulacion de aquel hombre, que fué el primer asesino, hubiera hecho un hermano amante y afectuoso: los corazones humildes y sinceros aman á los que con el ejemplo los han vuelto mejores.

Si; los celos, ó por mejor decir, la envidia, por una parte, tiende al orgullo; y, por otra, al odio; y á un odio doble: el envidioso acusa de orgullo ó de hipocresía al poseedor de los dones, de las gracias, del aprecio que á él le son rehusados, y de injusto al dispensador de estos dones; el envidioso denigra á Dios y á los hombres... Me detengo, hermanos míos; no teniendo que hablaros particularmente de la envidia, me limitaré á renovaros esta recomendacion: huid del orgullo, de ese padre de tantos vicios, y vicios de tal modo vergonzosos, que ni aún son de aquellos que los hombres más perversos tienen la osadía de confesar. Huid del orgullo que os detiene infaliblemente en la carrera espiritual.

3. El que camina sin un fin determinado, es un insensato; el fin supremo es el cielo; para dirigirnos á él, no basta vagar acá y allá, volver sobre sí mismo, ó lanzarse á la casualidad sobre una linea recta, que muy bien podria conducirnos al abismo. Debemos, por consiguiente, caminar en cierta y determinada direccion. Mas ¿quién nos dará esta direccion, nos manifestará los puntos de descanso, y, si es menester, nos conducirá de la mano? Dios, la Iglesia, la ley eterna. Todas nuestras acciones deben dirigirse pues hácia un objeto, y ser conformes á una ley; de donde se sigue, que la ley es quien juzga á la accion, y que en la ley está el tipo. Pero Dios quiso condescender á nuestra debilidad, y jamás el humano linage ha permanecido en suspenso ante una idea sin realidad evidente; el tipo sensible, la ley modelo ha facilitado siempre al hombre la buena direccion de su voluntad y de sus actos. El Dios Padre, el Verbo encarnado, los Santos de todos los tiempos que se han esforzado en ser imitadores de Dios, y que, á su vez, nos han dado el ejemplo, han sido la ley viva manifestada sensiblemente á los hombres; ley perfecta en Dios, ley de progreso en los Santos.

Bien comprendido esto, hermanos míos, vais á ver que el orgullo, no solo es un vicio del corazon, sinó tambien un vicio de la inteligencia. ¿Qué hace el orgulloso? Se juzga favorablemente. Todo juicio supone una ley; se compara la accion á la ley, y se la juzga segun su conformidad ó diferencia. ¿Con que ley compara pues el orgulloso sus actos, ó ante que modelo se coloca para modificarse ó aprobarse al compararse á sí?

Es evidente, hermanos míos, que si el hombre tuviese siempre á la

vista al Dios de bondad, de misericordia y de justicia, y lo considerase como el tipo de las perfecciones hácia las cuales la ley nos ordena dirigirnos, no habria ningun orgulloso entre nosotros. Pero, no conducimos así nuestra alma. Bien ciertos de ser inferiores á ese tipo infinito, preferimos descubrir en nosotros una superioridad demasiado fácil; y por lo mismo, despues de habernos observado á nosotros mismos, observamos á nuestros semejantes. Primer grado del error. El hombre no es la ley religiosa, la ley absoluta del hombre. La semejanza al hombre no puede ser para nosotros el medio de llegar al fin. Nuestro juicio es, pues, erróneo, porque consultamos un código imperfecto, si no es enteramente vicioso.

Segundo grado del error. Deberíamos, hermanos míos, cuando perdemos de vista al Dios inaccesible de la ley antigua, al Dios encarnado, al Hombre-modelo que nos ha dado la ley nueva; deberíamos, repito, cuando nos comparamos á nuestros semejantes, elegir aquellos cuya vida tiene más rasgos de semejanza moral con la del divino Maestro. Entónces, estad seguros, no seríamos tentados con tanta frecuencia á ensalzarnos; pero, en lugar de estudiar la vida de los Santos, en lugar de buscar en ella ejemplos generosos y magnánimos que puedan aprovecharnos en cualquiera posicion que nos encontremos; en vez de regular nuestra conducta por tal ó cual caso particular, miramos si es que al rededor de nosotros hay algun alma bien pequeña, al lado de la cual podamos elevarnos fácilmente un pedestal. En una palabra, nuestro orgullo se aplica á encontrar y patentizar lo peor en otro, no solamente para excusar en nosotros el mal, sino para trasformarlo en bien. Notad en efecto las primeras palabras del fariseo: se vanagloria de no ser ni ladrón, ni adúltero... ¿Qué diriais, hermanos míos, de un cristiano que se felicita de no haber merecido el bautismo?

Comprenderéis pues, que en la via del progreso espiritual, cuyo término es la beatitud, el Evangelio la ley, y Jesucristo el modelo ó la ley viva; hay un peligro inmenso en contentarse con tan poco; satisfecho uno de sí mismo, no trabaja por mejorar; encontrándose suficientemente bello, no trata de perfeccionarse; y por fin, queda demasiado repugnante, porque trabajando sobre su alma como el pintor sobre su lienzo, en lugar de copiar el Divino-modelo, no tiene á la vista sino al hombre, y al hombre perverso. Seguramente puede hacerse que el orgulloso sea, bajo cierto aspecto, ménos repugnante que el pecador sobre cuya deformidad ha establecido su gloria; pero esto no prueba que aquél sea bello: en presencia de Jesucristo, y aún de los Santos, sería un monstruo.

Si realmente, hermanos míos, quereis ensalzarnos, mirad á lo alto; si quereis parecer pequeños á vuestros propios ojos, para tener el deseo de la verdadera grandeza, mirad á los gigantes y no á los enanos. Reconociendo entónces vuestra debilidad, como el publicano, pediréis el socorro de Dios: *propitius esto mihi peccatori*, y seréis ensalzados, es decir, justificados, dignos de la gloria inmortal de los cielos: *Descendit hic justificatus ab illo*. ¿Qué es pues lo que dió á aquel hombre la santa humildad? La contemplacion de las perfecciones de Dios y el conocimiento de la ley en su espíritu. Si se juzgaba tan pequeño era, que contemplaba en su interior grandes cosas; aunque seguramente no trataba de profundizar ni los misterios del infinito, ni el sentido místico de las Escrituras. Dios se revela á todo hombre que lo escucha sinceramente en su corazón, y no desprecia las enseñanzas de sus representantes. Ved, por el contrario, al fariseo, que debe conocer la ley y los profetas, y que multitud de veces se ha encontrado á la faz de Dios en la lectura de los santos libros; al fariseo, que quizá conferencia con los doctores, que se inclinó ante los profetas, y que siempre tiene la ley en los labios, aunque no en el corazón; vedlo pasar al lado de Dios sin contemplarlo, y sin pensar siquiera tomarlo por modelo; al lado de los profetas, sin leer en su inspirada frente, ni los hechos futuros, ni la moralidad actual; y al lado de la ley, sin reconocer en ella más que sus disposiciones inferiores. Todo lo que es divinamente elevado, se escapa á sus miradas, y hé aqui por qué se cree tan grande... y hé aquí por qué se verá abatido, segun las palabras del Salvador: *Qui se exaltat humiliabitur*.

¿Y pasareis vosotros, hermanos míos, al lado del Hombre-Dios sin verlo? ¿Pasareis al lado del Evangelio sin oirlo? Dios nos manda imitarle; imitemos, pues, su santidad, su justicia, su verdad, su paciencia y su misericordia, siempre bienhechora. Siguiendo este consejo, hermanos míos, é imitando la humildad de Dios, porque Dios es humilde en Jesucristo, conservaremos siempre el deseo de adelantar en el camino espiritual para asemejarnos á aquel modelo, inimitable, es verdad, pero que bien sabe que no nos exige nada que sea superior á nuestras fuerzas. El mismo recompensará nuestros humildes esfuerzos; y mientras que cambiará en ignominia la falsa gloria del soberbio, nos ensalzará en medio de nuestra adicción, de nuestra contricion y de nuestro retiro, á *longe stans*, y nos colocará por una eternidad al alcance de su gloria: *Qui se humiliat exaltabitur*.

DIVISIONES.

ORGULLO.—No hay otro vicio más insolente.
No hay otro vicio más odioso.
No hay otro vicio más diabólico.

ORGULLO.—Se opone á nuestra conversión, cuando está oculto en nuestro corazón.

No dá una mala reputación, cuando se descubre en nuestro exterior.

ORGULLO.—Nunca es más injusto, que cuando afecta independencia.

Nunca es más terrible, que cuando inspira crueldad.

Nunca es más insoportable, que cuando pretende que se honra á los pecados como si fueran virtudes.

Véase: SOBERBIA, VANIDAD.

PACIENCIA.

Patientia vobis necessaria est: ut voluntatem Dei facientes, reportetis promissionem.

Os es necesaria la paciencia: para que haciendo la voluntad de Dios, obtengais la promesa.

(HEBR. X, 36.)

El destino general del hombre es padecer, y á nadie le es dado evadirse de esta ley. No hay en la vida humana un día, una hora siquiera, en que podamos decir: yo no padezco. No hay alegría, no hay placer, no hay fiesta alguna en que nuestro corazón quede satisfecho. La paciencia, pues, nos es necesaria; no como otras virtudes que lo son para determinados casos, sino que nos es necesaria en toda ocasión, en todo tiempo, en todo instante. A la manera que nos es necesario el sustento para conservar la vida, lo es también la pa-

ciencia para no desfallecer bajo el peso de los males que la acompañan. Sin el alimento el hombre muere, y sin la paciencia no puede soportar la vida.

Además, si queremos ser conformes á Jesucristo en la gloria, justo es que lo seamos también en la paciencia. Habiendo, pues, padecido nuestro Salvador ¿por qué no hemos de padecer nosotros? ¿Cómo quieren eximirse los soldados de la ley á que se ha sujetado el caudillo? ¿Cómo quieren no padecer los miembros, habiendo padecido la cabeza? El que por naturaleza es inocente, pasó por la tribulación; ¿cómo podríamos dejar de experimentarla los culpables? El discípulo no ha de ser de mejor condición que el maestro, ni el siervo que su señor. Debemos, pues, padeciendo, asociarnos á Jesús paciente, si queremos alcanzar la gloria que él nos tiene preparada.

La virtud de la paciencia podemos considerarla con relación al prójimo y con relación á los diversos sucesos de la vida. Bajo el primer aspecto nos presta fuerzas para tolerar las flaquezas y molestias de nuestros hermanos; y bajo el segundo, nos sostiene para soportar toda clase de trabajos. Esto es lo que voy á demostraros, despues de haber implorado los auxilios de la gracia: A. M.

1. Tomad á Dios por modelo de vuestra paciencia, dice S. Crisóstomo, y se os hará agradable el trato con toda clase de personas. En efecto; vemos que el Señor, lejos de exterminar á los pecadores, á los impíos, que ultrajan la divina Majestad, los tolera por su misericordia infinita, y prefiere parecer, en alguna manera, impotente, segun expresión de S. Agustín, á que estalle su cólera en el momento mismo que se le ofende. Y sin embargo, ¡qué paciencia tan distinta de la de Dios, lleno de bondad, es la nuestra! Si sufrimos á nuestros hermanos, es porque habemos de menester que ellos se muestren igualmente indulgentes con nosotros, mientras que el Señor, centro y modelo de todas las perfecciones, se basta á sí solo.

Me direis, que es muy duro haber de soportar á hombres viciosos, groseros é ingratos; mas, os responderé con S. Ambrosio: que un gusano de la tierra como vosotros no ha de resistir á la voluntad del soberano Maestro, cuando ordena que os excuseis los unos á los otros, sufráis el humor aún de aquellos que os contradicen, segun estas palabras del Apóstol: *Patientes estote ad omnes.*

Digo, desde luego, que estamos obligados á excusarnos mutuamente. ¡Ah! qué sería la sociedad, si todos los que la componen se echaran en rostro sus defectos? ¿Podemos ignorar que solo somos un horrible conjunto de miserias y pecados; que el más santo es quien